



mamita

Navidad
en el
San
Cristóbal

20 Cts

HECHO EN CHILE POR

UNIVERSO
SOCIEDAD IMPRENTA Y LITOGRAFIA

mamita

M. R.

Revista Semanal de Cuentos Infantiles

DIRECCION: Bellavista 069, Casilla 84-D. Santiago.

AÑO I. N.º 28.—Santiago de Chile, 25 de diciembre de 1931

PRECIO: 20 Cts. Ejemplar. — Suscripción anual \$ 9.—

Premios de colorido de

N.º 24

mamita

PRIMER PREMIO:

Virginia Mondaca, Prado 2102, Santiago.

SEGUNDO PREMIO:

Arturo Sabuyo Silva, Valparaíso, Casilla 5-V, (Playa Ancha).

TERCER PREMIO:

René Mora Muñoz, Concepción, Rengo 1235.

MENCIONES HONROSAS DE COLORIDO. «MAMITA» N.º 24

Adrianita Cornejo, Av. Francia 542, Valparaíso; Emilio Rojas Troncoso, calle Bustos 972, Valparaíso; Oli Hermosilla, Vera 573; Sergio Cifuentes, Picarte 463, Santiago; José Alcalde M., San Martín 47, Valparaíso; Juana Arancibia Vega, Casilla 200, Viña del Mar; Marta Lagarrigue E., Av. José M. Infante 244, casa 5; Antonia Barrera R., José Manuel Infante 208, Santiago; María Rodríguez Lagos, Av. M. Montt 727, Escuela 95; Dora Torres T., Correo, Nogales; Enriqueta Bustos F., Molina 33, Santiago; Mario Parodi M., Cafete; Eduardo Muñoz V., Viña del Mar, calle Alvarez, Pasaje Gandulfo 18; Teresa Riquelme A. Lampa, Escuela 16; Wilfred Billing F., Santa

Flomena 95; Gastón Vaccaro M., Gran Avenida 9004. ¿Será Valparaíso?); Ivi Valazzi M., Villaseca 60; Amory Lorenzen, Casilla 1912, Santiago; Mario Tagle N., Herrera 624, casa H; Eduardo Preller W., García Hurtado 877, Osorno; Carmen Ochoa, Gay 2334, Santiago; Raquel Lazo P., Pedro de Valdivia 1881; Jorge Contesso Pinto, San Gabriel 73; Inés Hanna Awad, Andrés Bello 635, Santiago; Marta Petersen L., Chiloé 1284, Santiago; Pedro Broquedias, Centenario 304; Elvira Petersen L., Chiloé 1284, Santiago; Elisa Middleton, O'Higgins 420, San Bernardo; Angel Guardia E., Población Gellona, calle Elvira 352; Inés Paredes Naranjo, Lampa; Emilio González M., Pablo Carrera, San Camilo 4018; Inés Ruz Ruz, Lampa; Alba Rojas Carrasco, San Ignacio 2629, Santiago; Julio Burgos, Correo, San Bernardo; Yolanda Enriquez G., Castro (Chiloé) Casilla 29; Armandito Saldaña R., Serrano 1122, Concepción; Lina Gajardo M., Cafete. Casilla 23; Estela García G., Moneda 2534, Santiago; María E. Lillo P., Av. San Luis 0195 (Los Leones); Carlos Sotomayor A., San Ignacio 650, Santiago; Marcelita Molina, Rosas 2253, Santiago.

(Continúa en la página 28, con los premios de las adivinanzas de «MAMITA» N.º 24).



Navidad en el San Cristóbal



A ciudad estaba de fiesta. Claveles y albahacas olían a Navidad en todas las calles; las voces de las campanas regocijaban el aire; empinábanse hasta muy alto los fuegos artificiales para derramar desde arriba la lluvia de sus flores luminosas, y era dulce como una canción de cuna el aliento de esa noche.

Más parlanchines que nunca, burbujaban los niños en el patio de la «cité», comentando jubilosos sus esperanzas; partirían unos al centro, a contemplar la maravilla de las vitrinas en donde los juguetes semejan peces fantásticos, oscilan-

do en un acuario de luz; otros pasearían por la Alameda, entre los bazares, los puestos de flores y los de fruta nueva. (¡Oh, la tentación de los duraznos redondos, pequeños, tornasolados y tan bien olientes que se hace agua la boca de sólo mirarlos!) Los menos revoltosos se aprestaban a asistir a la capilla de las monjas cercana, en donde entre nubes de nardos y arcadas de luces, se celebraría la misa del gallo.

—¿Y tú, Ramuncho? ¿A dónde vas?

No. El no lo diría.

Sentíase desasosegado. ¡Ir a divisar las vitrinas, ir a la Alameda! En ninguna noche del año son tan lindas, pero... Aquello sería más hermoso si fuera verdad. Y sus ojos escudriñaban, como si quisieran interrogarle, a la mole del cerro que se alzaba allí delante, porque la «cité» estaba situada, precisamente, en ese recodo en



Otros pasearían por la Alameda, entre los bazares, los puestos de flores y los de fruta nueva.

que la meseta santiaguina, cansada de ser plana, toma alientos y se marcha monte arriba, en busca de su madre, la montaña.

—¿No vas a salir, Ramuncho?

—Sí, más tarde.

—¿A dónde?

—Por ahí.

La soledad enseñó a Ramuncho a ser reconcentrado. Mamá no había conocido. Que murió, contábanle, antes de que él aprendiese a andar. El padre era flautista en la orquesta de un restaurante, lleno de luces de las calles centrales. Apenas principiaba a declinar el sol, partía con su flauta bien enfundada debajo del brazo y no regresaba sino después del filo de la medianoche.

El niño iba creciendo solo. Unas veces, al cuidado de alguna vecina; las más, teniendo que atender por sí mismo a los propios menesteres y a los de su padre. Y

cuando ya tenía bien regado y barrido el cuarto, e hirviendo el puchero en la cocinilla de hojalata, partía al San Cristóbal. Esos eran sus dominios. Conocía todos los atajos, las viejas canteras cerca de las cuales todavía hacen la guardia retazos de muros de casas, hace muchos años abandonadas; las grutas que formaron en los flancos roqueños las detonaciones de la dinamita; los rodados en que medran los guarenes, las piedras en que las lagartijas toman el sol. El San Cristóbal era su mundo, y él se sentía el amo de las cosas y los seres que lo pueblan.

Amo, pero no el mayor, porque alguien conocía el cerro mejor aun que Ramuncho; ño Lucas, un anciano alto, de ojos zarcos y luengas barbas. No había mañana en que no lo encontrara el sol explorando las quebradas en busca de un perdido filón. El niño le acompañó mu-



No había mañana en que el sol no lo encontrara explorando las quebradas en busca de un escondido filón. Ramuncho le acompañó muchas veces

chas veces y, trabada ya amistad, ¡qué de lindas leyendas del San Cristóbal no escuchara de sus labios!, leyendas añejas que es una lástima que los niños de ahora no conozcan.

Y en esta noche de Navidad, Ramuncho iba... no. ¡Yo no diré todavía su secreto!

Cuidando de que nadie siguiese sus pasos, partió de la «cité» y tomó el camino del cerro. Su almita fluctuaba entre la pena, la esperanza y la duda: quién sabe si no era verdad o ya no ocurría el hecho que aguardaba. Y, por otra parte, no tendría ni un regalo de Pascua; nadie se acordaría de comprarle una flautita para aprender a tañer como su padre.

Comenzó la ascensión con pasos lentos. ¡Qué bulliciosa se escuchaba la ciu-

dad desde el primer faldeo! Parecía un dragón de mil ojos, un dragón irritado y malévolo, bufando en la obscuridad de la noche. Las bocinas de los autos eran sus resoplidos; las voces humanas, llegadas de quién sabe dónde, conservaban ecos de lamentos. Sin embargo, junto con ascender más, esas voces amargas se apagaban y sobre ellas era grato escuchar el monótono saludo de las ranas, el violín de los grillos y, venido de muy cerca, el murmullo claro de una corriente de agua que bajaba, cantando, la ladera.

Dejando el camino ancho, internóse por una senda que sólo él frecuentaba.

Allí crecía la teatina tupida y temblorosa como una sementera. Anduvo algunos instantes apartándola con cuidado, y de pronto se detuvo. Miró hacia el cielo. ¡Ya! Ya las alcanzaba a columbrar. Porque era preciso subir hasta un sitio en que

se divisaran las Tres Marías parpadeando sobre la frente de la Virgen del San Cristóbal. (Tal condición, aseguró el viejo, que no podía faltar).

Veía perfectamente las tres estrellas como si estuvieran inmóviles sobre la Virgen, y ésta, que iluminaba las sombras y bendecía con sus brazos abiertos a la ciudad.

Ramuncho, como conocedor que era del cerro, tentó a su alrededor las plantas. No. Allí no crecían abrojos ocultos entre la rubia cabellera de la teatina. Confiadamente, entonces, se recostó en ella. ¡Lecho más tibio y perfumado no había tenido jamás! ¡Aun conservaban calor y fragancia de sol los finísimos tallos! ¡Quién pensaría al mirar el San Cristóbal desde la ciudad, que de cerca tuviese tan acogedor regazo! Las teatinas crecían altas casi como Ramuncho, de suerte que



Lecho más tibio y perfumado no había tenido jamás...

al ser holladas por su cuerpo, se arquearon formándole un dosel tenue y dorado. Arriba, el cielo estaba claveteado de estrellas encendidas en todos los ámbitos del azul, y abajo, la ciudad, vista desde allí, era como otro cielo con otras tantas estrellas fulgurantes en la obscura concavidad de la noche.

¿Serían ya las doce? Porque lo que el anciano aseguraba debía acontecer en el preciso instante en que las esquilas anunciaran el nacimiento del Niño Jesús.

Tendido en el lecho de teatinas, Ramuncho, cuidando de no hacer ruido, esperaba, esperaba.

De pronto, el aire entero se estremeció, cual si la voz de una campana grande como el mundo vibrara en el espacio; y todos los murmullos de la noche se volvieron cantos. De una de las Tres Marías descendió algo muy luminoso que cruzaba el cie-

lo y venía a posarse sobre los brazos abiertos de la Virgen. ¡Era un niño! ¡Era el Niño Jesús que había nacido! ¡No le había engañado el anciano! ¡Hosanna! ¡Hosanna!

Vió Ramuncho cómo el rostro que la gente cree inmóvil y de piedra, sonreía; por un instante madre e hijo se miraron cual si sostuvieran una extraordinaria conversación, y alcanzó a divisar después que con infinita suavidad la Virgen descendía de su pedestal e inclinándose hacia el bosquecillo de pinos que le sirve de escabel, depositaba blandamente en el suelo a su Divino Niño.

Lo que aconteció en seguida fué inesperado hasta para el propio Ramuncho. No Lucas le había dicho solamente que en la Nochebuena un Niño Jesús aparecía en los brazos de la Virgen del San Cristóbal; pero esto que ahora estaba presenciando,

seguramente, el anciano no lo había visto nunca.

El Niño había echado a andar por las laderas del áspero cerro. Al caminar, extendía la diestra en igual ademán que los sembradores. Alguna alforja que Ramuncho no divisaba debía llevar junto a su pecho, porque acercaba su mano hasta el corazón y luego la extendía con amplio trazo, como si arrojara semillas a su alrededor. A cada paso del Niño florecía la tierra, y hasta en los intersticios de las piedras asomaban brotes. Las retamas cuajábanse de mariposas; mecía la topa-topa sus jugosos capachitos, la verbena silvestre exhalaba su primorosa fragancia. El Niño seguía repitiendo a cada paso el mismo ademán. Las estrellas, maravilladas, alumbraban la tierra, más grandes y más luminosas que nunca.

Ramuncho no pudo contenerse. Co-

Acercaba su mano hasta
el corazón y luego la ex-
tendía con amplio ade-
mán de sembrador...



Odellson

rrió. Quería llegar cerca del Niño; ver qué milagrosa semilla esparcía por el monte. Le volaban los pies. Su cuerpo se hizo tan liviano que sentíase arrebatado como un soplo en el aire de la noche pascual. Ya estaba en la zona de luz del Niño-Dios. Presenció muy bien cómo llevaba el brazo hacia el pecho y luego lo apartaba en ademán de sembrador; pero lo que arrojara al camino, la milagrosa semilla, ésa no la veía.

—Niño-Dios — le dijo implorante — dime lo que siembras.

Le miró el Niño — así deben mirar las madres cuando vienen a ellas sus hijos — pensó Ramuncho. Así, con tanta ternura y tanto amor.

—Has como yo — fué toda la respuesta.

Y he aquí que Ramuncho, a la vera del Niño, acerca también la mano al lado del corazón, y luego la extiende en noble gesto. Y siente que junto con brotar flores

entre los guijarros, su corazón se aligera de toda pena. Repite el ademán. Los abrojos deponen las cruces de sus punzantes hojas; los cenesios abren sus corolas semejantes a doradas margaritas; los espinos abaten sus púas, y sus flores se encienden como chispas arrancadas del sol.

Andaban el Niño del cielo y el de la tierra juntos, sembrando la semilla invisible. Nunca experimentara Ramuncho felicidad semejante. No sabía que pudiera existir una alegría como ésa. Las luces que marcan la subida del Funicular parecían la escala de Jacob, y los focos de los caminos, guirnalda de astros recién nacidos al mundo de las estrellas. ¡Navidad! ¡Gloria a Dios en las alturas!

Despertaron alborozadas las diucas; luego, los zorzales añadieron su canto al fino trino de sus hermanas; bandadas de tordos, de lloicas y de triles formaron un



La atmósfera se tornó tan pura, tan clara, que permitió contemplar el valle, el río y la ciudad...

coro de música aérea que llenaban el espacio. Una claridad de oro apareció tras la montaña.

Se detuvo el Niño y dijo a Ramuncho:

—Desciende a la ciudad y haz como yo.

Ilumináronse la tierra y los cielos. Miró a todos lados Ramuncho. Su compañero ascendía en el primer rayo de sol, rumbo a su mansión celeste.

—¡Llévame contigo! — exclamó Ramuncho. Mas los ecos del monte no repitieron su frase, sino la del Niño:

—Desciende a la ciudad y haz como yo.

No supo darse cuenta Ramuncho de cómo se encontraba en el mismo sitio en que había percibido por vez primera a las Tres Marías, brillando sobre la frente de la Virgen. Estaba de pie en su lecho de teatinas y había salido el sol. Extendió la diestra, tal como se lo había enseñado el Niño en amplio ademán de sembrador. En

la maravilla del alba, cada picacho de la montaña adquirió relieve y fulguró como brasa de un inmenso incensario. La atmósfera se tornó tan pura, tan clara, que permitió contemplar todo el valle con sus sementeras, el río que desliza sus anillos de plata al borde de la ondulada falda del San Cristóbal, y la ciudad que parecía un gran nido fabricado con hojas, con ramas y guijarros en el materno regazo de la tierra.

¡De suerte que no era un sueño, que bastaba obedecer al Niño y arrojar la invisible semilla para que la Tierra apareciese transfigurada!

Bajó a la ciudad. De paso, en el descenso, cortó un tallo de caña, fresco con el rocío mañanero. Lo acercó como una flauta a sus labios y una tonada más hermosa que todas cuantas había oído hasta entonces, se extendió por los flancos del monte y fué

a confundirse con los primeros ruidos de la ciudad que despertaba. Las gentes de la «cité» que le vieron llegar, y su padre que le esperaba ansiosamente, al oír los sonos de la flauta, sintieron que todas sus cuitas y sus penas se iban lejos, aligerando de su fardo el corazón.

—El Niño Jesús ha nacido. Yo le vi en los brazos de la Virgen del San Cristóbal. Anduvo conmigo y me ha enseñado a sembrar.

Ramuncho no lo olvidó jamás. Creció. Se hizo mayor. De él decían las gentes:

—Es un hombre que obedece a Dios.

Iba por el mundo sembrando su corazón. Y a su paso, florecían la belleza, la alegría y el amor.

Amanda Labarca H.

Navidad de 1928.

Canción de LA

Viento soplabá del norte,
gemidor entre las ramas
de los viejos sicomoros
y robles de la montaña;
la luna no aparecía;
obscuró el camino estaba:
noche de invierno, sin luna,
;noche de buscar posada!

Borriquito, borriquito,
el de las orejas largas,
en el lomo desmedrado,
en las desmedradas ancas,
a la doncella más linda
lleva que jamás llevara:
iba la doncella triste,
la doncella iba cansada.

Quince abrilés de su frente
eran quince rosas blancas;
los luceros de sus ojos
entre lágrimas brillaban;
en el invierno del mundo
su cuerpo es nieve sin mancha:
bendita entre las mujeres,
era la llena de gracia.

Por milagro la doncella
iba a ser madre, y temblaba.
Hoja de álamo no tiembla,
plata y verde, verde y plata,
cómo tiembla la doncella —
;que el tiempo se le acercaba!—
temerosa de que el Nño
naciera en campiña rasa.

El esposo bueno, le hablaba:
"No se aflija mi Señora,
vida de la vida mía
más alma mía que mi alma;
antes de la medianoche
bajo techo he de acostarla.
y el Sol que alumbre la Vida
ha de brillar en su cama".

Al pueblo fueron llegando,



Navidad

POSADA

al pueblo, de casa en casa;
por las calles sin faroles
y por las puertas cerradas
en vano se detenían
y dando voces llamaban:

no chirrió gozne por ellos,
ni destrabaron aldaba.

Del pueblo se fueron yendo,
del pueblo por calle larga,
y al fin de la calle encuentran,
cuando ya se desmayaba
la doncella, abrigo tible
humildísimo, de pajas.

la cueva que era el establo
de buey manso y mula mansa.

Brilló estrella en el Oriente—

reyes magos la miraban.
Cometa de inmensa cola
deslumbrante, arcoirisada,
alumbró la obscura noche —
los pastores la miraban.

Lloran pastores y reyes;
¡de alegría son sus lágrimas!

¡Nochebuena de Belén,
coros de ángeles que cantan!
Torrentes de luz celeste
la humilde cueva inundaban.
¡Qué rosa que está la Virgen,
como una rosa en su rama!

Y entre la mula y el buey
nacido el Rey de las almas.

¡Nochebuena, Nochebuena,
noche de buscar posada;
de buscarla y de pedirla
y de alegría de darla!

Mi niño duerme en su cuna.
Mi puerta está sin aldaba.

¡Quiera Dios en sus mendigos
bendeclir esta mi casa!



E L

Ju - gue-mos al co-che, co - rra - mos a - sí,

el tiem-po se pa - sa a - le - gre y fe - liz, Jua-

EL COCHE

Juguemos al coche,
corramos así,
el tiempo se pasa
alegre y feliz,
Juanito y Alberto
tomados los dos,
serán los caballos
a cual es mejor.

Al brazo las riendas
bien firmes están,
¡que a nadie atropelle
mi coche al pasar!
Yo soy el cochero,
corramos, ya está,
allá va la huasca,
pa, pa, pa, pa.

C O C H E

ni - to y Al - berto to - ma - dos los dos, se-

rán los ca - ba - llos a cual es me - jor

The musical score is written on two systems. Each system consists of a vocal line (treble clef) and a piano accompaniment (grand staff with treble and bass clefs). The first system contains the lyrics 'ni - to y Al - berto to - ma - dos los dos, se-' and the second system contains 'rán los ca - ba - llos a cual es me - jor'. The piano accompaniment features a simple harmonic structure with chords and moving lines in both hands.

EL COCHE

J u e g o

Al empezar el canto, los niños forman un óvalo, tomándose de las manos. Algunos se quedan adentro, como pasajeros del coche. El niño designado para cochera elige a dos que

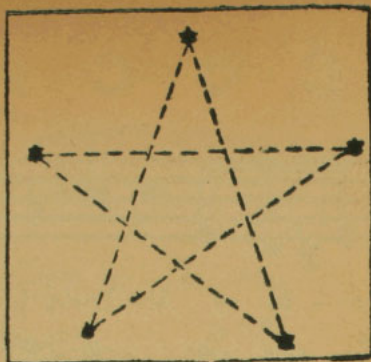
hacen las veces de caballos, y éstos se colocan delante del coche.

2.a estrofa.—El cochera pone las riendas en los brazos de los que representan los caballos y al terminar el canto, caballos y coche se ponen en movimiento.

PROBLEMA

LAS ESTRELLAS

Se trata de unir estas cinco estrellas por medio de una serie de líneas rectas que pasen por todas las estrellas y cierren la figura lineal en el punto de partida. El dibujo muestra una forma de hacerlo. ¿Es posible otra, de menor número de líneas y sin que éstas se crucen entre sí?



(Continuación de la página 2)

Adivinanzas de mamita N.º 24

4, Estela García G., Moneda 2594, Santiago; 4, Rubén Moreno, Borja 1099; 4, Fernando Enriquez, Renaico, Casilla 7; 4, Jorge Romero, Borja 1099, 4., Camilo Haddad, Arturo Prat 101, San Bernardo; 4, Marta Fariás, Ercilla, Guacolda 286; 4, Otilda Zamora, Nogales, Correo; 4, Dora Torres, Nogales, Correo; 4, Ester Vergara, Nogales, Escuela 34; 4, Mario Torricueta, San Bernardo, Herboso 744; 4, Jorge Torricueta, San Bernardo, Herboso 744; 4, Luisa Gilierto, Nogales, Correo; 4, Adriana Herrera Toro, San Francisco 1155, Santiago; 4, Silvia Villalón, Concepción; 4, Ana Araya, General Cruz 692, Santiago; 4, Marta Vidal V., Curicó, Estado 143; 4, Ramón Alvial M., Arauco; 4, Oscar Madariaga, Constitución, Rozas 540; 4, Bernardino Estrella, Población Manuel Montt, Av. El Pino 831 B; 4, Juan Rojas Donoso, Santiago, Cumming 60; 4, Carlos Rojas Donoso, Santiago, Cumming 60; 4, Ana Andrade, Recoleta 772, Santiago; 4, Gabriela Porte R., Dávila 736, Santiago; 4, Olga Dressner, Dominica 369, Santiago; 4, Graciela Loyola, Maestranza 239, Santiago; 4, Isaura Dresner, Dominica 368; 4, Dionisio Kurlsky, Santa Elena 1408, Santiago; 4, Ivy Valazzi, Villaseca 60; 4, Agustina Osses, Correo, Nogales; 4, Orlando Venegas, Santa Victoria 211, San-

tiago; 4, Elsa Daneri, Santa Rosa 991, Santiago; 4, Marito Núñez, L. Ramírez Sanz 2305, Santiago; 4, María Núñez, L. Ramírez Sanz 2305, Santiago; 4, Hilda Grondona, San Pedro 1323, Santiago; 4, Emilio Berrios; 4, María Urrutia, San Luis de Francia 1380; 4, Fernando Fischer, Illapel, Casilla 44; 4, Sergio Salviat; 4, Enero de la Cruz, Serena, Casilla 182; 4, Yolanda Enriquez, Oastro; 4, Eliana Lemus, Bascuñán Guerrero 1347, Santiago; 4, Hortensia Pavez, Blas Cañas 354, Santiago; 4, Celmira Lapostol, San Alfonso; 4, Juan Muñoz, Quilpoco; 4, Rebeca Muñoz, Quilpoco; 4, Marne Providell, Hipódromo Chile, 1280; 4, Chelita Alvarado M., Los Placeres, Av. Matta 532, Valparaíso; 3, Beatriz Bustos F.; 3, Enriqueta Bustos, Molina 33, Santiago; 3, Laura Labayru, Casilla 7865, Santiago; 3, Beatriz Bravo H., Madrid 760, Santiago; 3, Eduardo Muñoz, Viña del Mar, Pasaje Gandulfo 18; 3, Marta Meneses, Pablo Urzúa 1178, Santiago; 3, Lina Gajardo, Casilla 33; 3, Carmen Astorquiza, Lota Alto; 3, Manuel Johnson, San Miguel; 3, Javier González, Hospital San José, Pabellón 5; 3, Hilda Astudillo, La Serena, Perú 37; 3, Julio Burgos, San Bernardo; 3, Carlos Arce, Comuna San Miguel, Nuremberg. 686.

Concurso Literario para Escolares

mamita

la magnífica revista infantil, brinda la ocasión a todos los escolares de Chile, de mostrar sus aptitudes de redacción y su capacidad artística en el concurso de cuentos infantiles, cuyas bases se detallan en seguida, al propio tiempo que ofrece la ocasión de hacerse acreedor a interesantes premios.—Lea Ud. las BASES:

1.o Podrán participar todos los alumnos de Liceos y Escuelas Fiscales y particulares, sin limitación de edad.

2.o Tema: Un cuento para niños, de ambiente chileno.

3.o El cuento debe ocupar máximum 8 carillas a máquina, con doble espacio.

4.o Plazo de recepción de originales hasta el sábado 2 de febrero de 1932.

5.o Los cuentos premiados se publicarán en la revista «MAMITA».

6.o PREMIOS: 1.o, de \$ 250; 2.o, de \$ 100 y 3.o de \$ 50.—Menciones honrosas a que haya lugar.

7.o Los originales deberán venir firmados con pseudónimo. Junto con el original y en sobre aparte, cerrado, debe venir lo siguiente: pseudónimo, nombre y dirección completos; certificado del rector o director del colegio, que acredite que el autor es actualmente alumno del establecimiento.

8.o Los originales serán sometidos al siguiente jurado: Sra. Amanda Labarca, Directora de Educación Secundaria; señorita Marta Brunet, prestigiosa escritora chilena; señor Maximiliano Salas Marchant, Director de Educación Primaria; Hernán del Solar y Luis Enrique Délano.

9.o No se devolverán los originales. Los resultados del Concurso se darán a conocer en la revista «MAMITA», exclusivamente.

10.o Si se decide la publicación de algunos de los cuentos que obtengan menciones honrosas, se pagará a su autor la cantidad de \$ 30.

Decídase a participar inmediatamente en este concurso. Pida consejos a sus profesores y confíe en su propia capacidad. ¿Por qué no ha de conseguir Ud. lo que obtienen otros muchachos? Envíe sus originales a la brevedad posible a «MAMITA». Concurso Literario. Casilla 84-D, Santiago.

Concurso de Dibujos de

mamita

PREPARESE PARA SER EL
FAVORECIDO EN EL
SORTEO DEL 21 DE MAYO

Obsequiamos 10 BOLETOS para el sorteo del 21 DE MAYO de 1932, a cada niño que se haga acreedor a un primer premio en nuestros concursos semanales, 7 al que obtenga un segundo premio, 5 al que merezca un tercer premio y 3 a los que obtengan menciones honrosas.

Envíe su dibujo iluminado a Dirección de la Revista "MAMITA", Casilla 84-D, Bellavista 069, Santiago.

CUPON

mamita

CONCURSO DEL 21 DE
MAYO.

N.º 1

PRIMERA SERIE

Una serie de 5 cupones dará derecho a 1 número.

El canje de cupones comenzará el 1.º DE MARZO de 1932. Empiece a juntarlos desde ahora.

L A P A L O M A

Cuentan que el chacal fué un día a ver a la paloma, que vivía en lo alto de un peñón y le dijo:

—Dame uno de tus pichones.

—¡Ah, no! ¡Eso no lo haré! — contestó la paloma.

—¡Dámelo en seguida! Si no, volveré hasta tu nido. La paloma, asustada, le arrojó uno de sus pichones.

Al día siguiente volvió el chacal y le pidió otro pichón. La paloma se lo dió. Poco después de alejarse el chacal, llegó la garza y preguntó:

—Paloma, ¿por qué lloras?

—¿Cómo no he de llorar? — contestó la paloma. — El chacal me llevó dos de mis hijos.

—¿De qué manera? — preguntóle la garza.

La paloma le explicó:

—Primero me negué a darle uno de mis hijos, pero me amenazó diciéndome: "Si no me lo das, volaré hasta tu nido". Entonces le arrojé mi hijo.

—Eres una tonta — díjole la garza. — Te has dejado engañar. ¿No sabes que el chacal no puede volar?



Nombre del dibujante.....

Dirección.....



Costumbres
coloniales:

Una tertu-
lia.

**ALIMENTO
MEYER
ES EL MEJOR**

M. R.—A base: Harina calcinada, cacao seleccionado, desgrasado, fos-
fatos, azúcar, etc.